

Rastros

Antiguas cárceles de la ciudad.

EpiCentro

Un paseo por Venustiano Carranza.

El Centro y la vida cotidiana

Personajes, espacios y costumbres de nuestra historia

Junio 2019 • Número 125
www.centrohistorico.odimx.gob.mx



GOBIERNO DE LA
CIUDAD DE MÉXICO

fideicomiso
CENTRO HISTÓRICO
DE LA CIUDAD DE MÉXICO

CIUDAD INNOVADORA
Y DE DERECHOS



La vida cotidiana: un mapa inagotable

SI VIÉRAMOS NUESTRA HISTORIA ÚNICAMENTE COMO EL ACONTECER DEFINIDO por actores privilegiados o sucesos que, de manera repentina, han determinado el curso de la sociedad, estaríamos lejos de comprenderla. Es necesario reparar en cómo evolucionan, durante periodos más prolongados, las costumbres, los gustos, las ideas, las actividades, las rutinas y todo aquello que define la vida cotidiana.

Las labores que las personas realizamos día con día han definido la historia de la ciudad, y el Centro ha sido desde siempre un escenario crucial en este sentido. Aquí se han intercambiado costumbres, mercancías, historias y símbolos, mientras que gente de todas las clases sociales, de distintas edades y géneros, ha transitado por aquí, dejando muestras de sus modos de vida, como podemos ver desde que los primeros cronistas españoles se asombraron de la ciudad indígena.

Sería impensable pretender abarcar los inagotables aspectos de la vida cotidiana, pero le proponemos al lector adentrarse en un breve mosaico de ejemplos, en los que podremos descubrir detalles fascinantes, desde qué comían o cómo comerciaban, hasta qué se escuchaba en las calles o cuáles eran los personajes que deambulaban, por diversión o trabajo. Esperamos que disfruten este recorrido y que funcione como una invitación para redescubrir nuestro entorno cotidiano con nuevos ojos.

Los editores

En portada

Bolero ciudadano, en 5 de Mayo con Eje Central.



GOBIERNO DE LA
CIUDAD DE MÉXICO



Escríbenos a kmcerorevista@gmail.com

f /KmCero.CentroHistorico



@kmcerorevista



fideicomisocentrocsmx

Km Cero

ES UNA PUBLICACIÓN MENSUAL
GRATUITA EDITADA POR EL
FIDEICOMISO CENTRO HISTÓRICO
DE LA CIUDAD DE MÉXICO.
AÑO 10, NÚMERO 125.
FECHA DE IMPRESIÓN:
22 DE MAYO DE 2019.

Claudia Sheinbaum

Jefa de Gobierno de la CDMX

Loredana Montes

Directora General del FOCHM

Anabelí Contreras

Coordinadora de Promoción y
Difusión del FOCHM

Jorge Solís

Director editorial

Laura A. Mercado

Diseño y formación

Miguel Á. Loreda

Diseño original

Gustavo Ruiz (portada,
pp. 2-7, 11-19, 24-27)

Alejandra Carbajal (pp. 10, 20-23)
Fotografía

Patricia Elizabeth Wocker

Corrección de estilo

Diana Barreiro

Social Media Manager

Montserrat Mejía

Asistente

**G. Andraca, Gil Camargo,
Ana Lilia Cepeda, Adriana Huerta,
Jorge Mendoza, Daniela Tarazona,
Carina Viquez y Richard Zela**
Colaboradores

REDACCIÓN: República de Brasil 74,
segundo piso, colonia Centro,
alcaldía Cuauhtémoc, C. P. 06010
Teléfonos: 5709 6974 | 5709 7828 |
5709 8005

IMPRESIÓN: Comisa. General Victoriano
Zepeda 22, colonia Observatorio,
alcaldía Miguel Hidalgo,
C. P. 11860 • **Teléfono:** 5516 8586

Número de certificado de reserva
04-2016-04142402300-102



02 EpiCentro

A pie por la historia de Venustiano Carranza.



Contraportada

El Centro ilustrado

Por Jorge Mendoza

10 A fondo

Un mosaico de la
vida cotidiana.

20 Rastros

Antiguas cárceles en
el Centro Histórico.

08 Instantáneas

24 CentrArte

Casa Rivas Mercado.

28 Cartelera

32 Niños



Venustiano Carranza: raíces comerciales y huellas de la historia

Por Daniela Tarazona

Las historias de esta calle se mantienen en pie gracias a los edificios que las resguardan, entre capitanes del virreinato, monjes, ex presidentes y comerciantes franceses.



DURANTE LOS ÚLTIMOS AÑOS EL CENTRO HISTÓRICO DE la Ciudad de México se ha transformado considerablemente. Nuevos edificios se levantan aumentando el flujo de visitantes en las zonas comerciales del primer cuadro. Estas edificaciones conviven en el espacio con el pasado de la ciudad, permitiendo que el peatón pueda adentrarse más allá del trajín diario y las calles populosas para reconocer la valía del paisaje histórico.

Caminar el Centro Histórico es también leer su historia. Es el caso de la calle Venustiano Carranza, una de las más antiguas de la ciudad. Recorrerla a pie desde el Eje Central en dirección oriente hasta la calle de Jesús María, donde cambia de nombre a Manzanera, es andar un camino que aún guarda sorpresas, con un escenario lleno de detalles que resisten el paso de la modernidad.

Como sucede con todas las nomenclaturas del Centro, esta calle ha ido cambiando. Anteriormente se conoció como Zuleta, según lo hace constar un acta del cabildo cuya fecha data de 1635. Debía este nombre al domicilio del capitán

Cristóbal Zuleta, quien presumiblemente vivió frente a la huerta del convento de San Francisco, mismo que fue demolido en 1861, como consecuencia de las Leyes de Reforma y donde ahora se encuentra la librería del Fondo de Cultura Económica Juan José Arreola.

A inicios del siglo xx, en el número 8 de la entonces conocida como calle de la Cadena vivió Porfirio Díaz, hasta que tuvo que partir rumbo al exilio en París, según lo refiere el historiador Guillermo Porras Muñoz. La arteria también era conocida como Capuchinas, debido al convento, cuya construcción se remonta a 1666, el cual ocupaba también las calles de Palma y 16 de Septiembre.

Visita obligada merece La Plaza del Colegio de la Niñas, la cual está enmarcada por la presencia del elevado edificio. La plaza no solo es famosa por su historia que data, según el propio Porras Muñoz, de la segunda mitad del siglo xvi, sino también por su piso ajedrezado, sus bellas jardineras y el reloj que regaló la colonia otomana a la ciudad, en el Centenario de la Independencia.



También el ambiente bohemio de la ciudad se vio cobijado por una famosa cantina donde los padres del modernismo literario y los últimos románticos acudían con frecuencia, lugar ideal para tomar un descanso durante el recorrido. Su nombre: El Gallo de Oro, local que fue inaugurado en 1874. Ahí se daban cita Guillermo Prieto, Justo Sierra, Juan de Dios Peza, Manuel M. Flores e Ignacio Ramírez, «el Nigromante». Se trata, además, de una de las cantinas más antiguas de la ciudad, que aún abre sus puertas en el número 35.

Uno de los edificios que destacan por su arquitectura palaciega se encuentra ubicado en el número 73. Se trata del Palacio de los Condes de San Bartolomé de Xala, construido en el siglo XVII por el entonces afamado arquitecto español Lorenzo Rodríguez, quien también participó en la



construcción del Sagrario Metropolitano. Desde su fachada, el edificio destaca por sus accesos gemelos y el memorable trabajo en cantera.

Venustiano Carranza se volvió famosa por ser la cuna de varios de los almacenes comerciales que más historia tienen en el Centro. En el número 109 se encuentra, por ejemplo, la Mercería del Refugio, que abrió sus puertas en 1826, en las inmediaciones de la Suprema Corte de Justicia de la Nación. Fue fundada por los franceses Billonneau y Cassoum. Durante el siglo XIX la tienda se caracterizaba por la distribución de sedas, mercería, organillos, navajas e hilos, y en el siglo XX comenzaron a vender juguetes, ropa y otros productos.

Las decenas de locales y mercerías dedicados a las telas, manualidades y otros giros resguardan una de las histo-

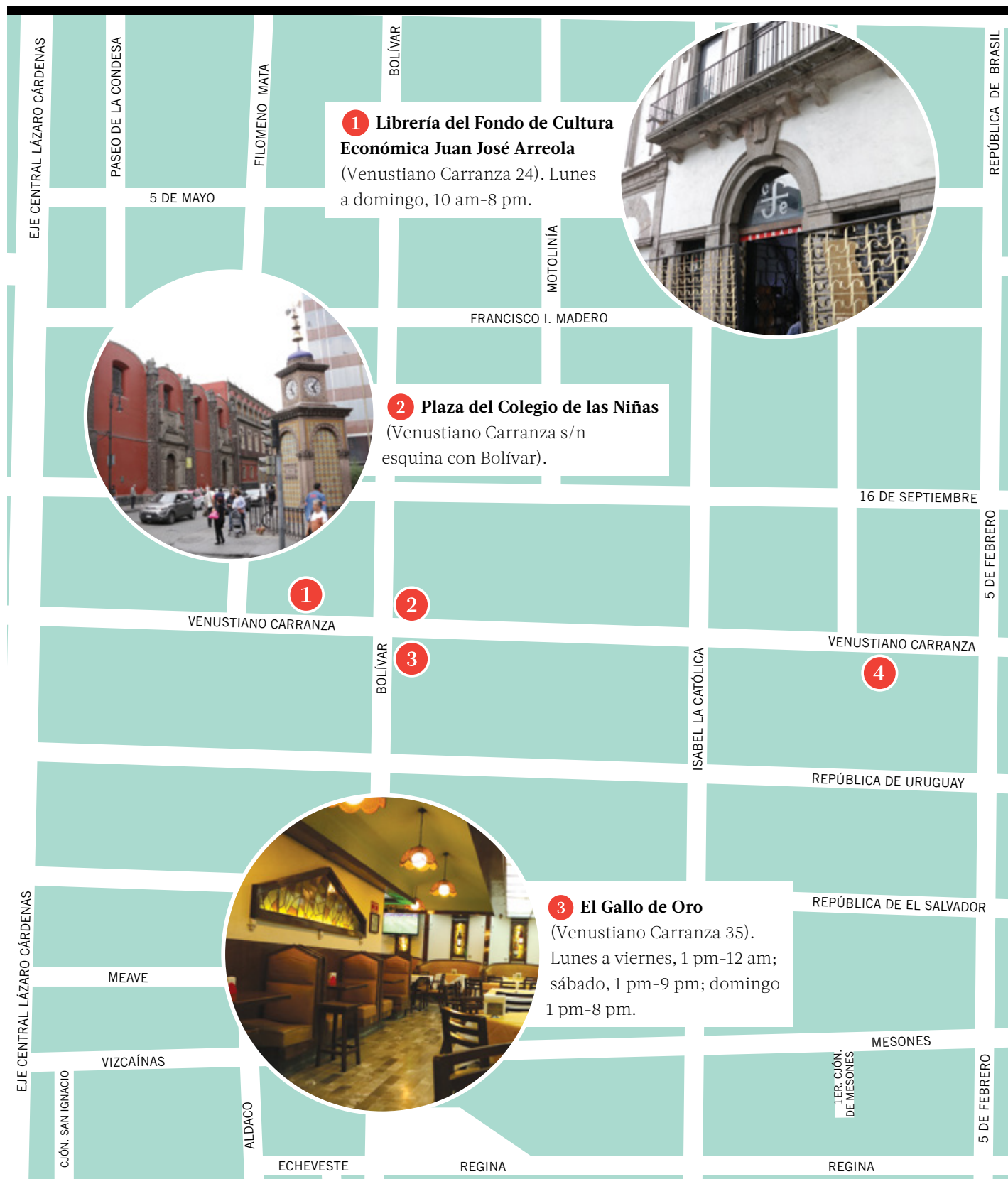


rias más escalofrantes de todo el Centro Histórico de la Ciudad de México. En la esquina de Venustiano Carranza y Jesús María hay una tienda en cuya parte superior se vislumbra una hornacina con una mano de piedra. La cultura popular y la tradición oral nos han legado un relato originado durante la época virreinal, cuando uno de los criados de la casa robó al dueño y este, como castigo, le cortó la mano. Al ver cómo la mano se iba descomponiendo, mandó a crear una replica esculpida en piedra, como un recordatorio para todo aquel que intentara cometer un acto similar. La tradición oral se encargó de darle nombre al edificio, que se conoce desde entonces como «la casa de la manita».

A un costado de la Suprema Corte se encuentra el Templo de Porta Coeli, único vestigio de lo que fue el noviciado

de Porta Coeli (puerta del cielo), edificado por los dominicos que llegaron a la Nueva España en 1526. Para su construcción contaron con la donación que hizo doña Isabel de Luján de unas casas que tenía cerca de la Real y Pontificia Universidad y del Palacio Virreinal.

La calle está tan llena de historia que incluso en 2013, en un terreno que comunica Venustiano Carranza y República de Uruguay, aparecieron vestigios prehispánicos debajo de un estacionamiento. Huesos de animales, navajillas prismáticas, lascas y pedazos de obsidiana fueron descubiertos por arqueólogos del Instituto Nacional de Antropología e Historia, mostrando cómo los signos de otros tiempos, lejos de estar definitivamente callados, aún alcanzan cada tanto su voz para seguir transformando nuestros espacios cotidianos. ☸





4 **Palacio de los Condes de San Bartolomé de Xala**
(Venustiano Carranza 73).



5 **Templo de Porta Coeli**
(Venustiano Carranza 107).
Lunes a viernes, 9 am-8 pm.



6 **Mercería del Refugio**
(Venustiano Carranza 109).
Lunes a sábado, 10 am-8 pm; domingo, 11 am-7 pm.



7 **Casa de la Manita**
(Venustiano Carranza esquina con Jesús María).



La imagen del día

*Caminar por las calles
es ejercer el derecho
a la ciudad.*

Henri Lefebvre



Piedad del tiempo, Edwin Abel.



Ante el mar de Madero, Alejandro Rodríguez Castillo.



La música, Juan Antonio Reyes Ordóñez.



Bellas Artes en primavera, Ulises Hidalgo.



La Mexicana y La Esmeralda, Tania R. Rojas C.



Catedral, Luis Alberto Zacatelco Guerrero.



Torre Latinoamericana, Paco Rodríguez.

¿Quieres ver tu foto publicada
como la #ImagenDelDía?

Anímate a participar.
Solo manda tu fotografía del Centro Histórico
con un título a kmcerorevistach@gmail.com
o a través de nuestras redes sociales.



MOSAICO ^{DE}_{LA} VIDA COTIDIANA ^{EN}_{EL} CENTRO HISTÓRICO

✂ POR ADRIANA HUERTA Y G. ANDRACA ✂

Este texto nos invita a hacer un recorrido por la historia desde la gente de a pie, a través de algunos aspectos del comercio, la gastronomía, el tiempo libre y los oficios diarios.



HASTA CIERTO PUNTO PUEDE RESULTAR COMPRENSIBLE que aquellas tareas que realizamos cotidianamente no despierten un interés especial en nosotros. Al formar parte del día a día, las llevamos a cabo sin detenernos a reparar en su significado. Pensar en ellas como si fueran episodios históricos se vuelve aún más improbable. Y, sin embargo, es importante reconocer que, mientras no las tomemos en cuenta, nuestra narración de la historia estará incompleta. Esta no solo se define por los grandes acontecimientos –las acciones de un gobernante, la vida de un héroe, la creación de una institución, una batalla capaz de determinar el curso de un siglo, una catástrofe natural que cambia el panorama de una ciudad–. Es necesario considerar también el acontecer cotidiano, después de todo los «grandes sucesos» influyen en la vida concreta de la gente.

Al asumir este enfoque, de inmediato surgen preguntas muy variadas: ¿Cómo se alimentan las personas?, ¿cuáles

trabajos desempeñan?, ¿cómo son sus fiestas?, ¿qué costumbres tienen?, ¿cuáles son sus creencias más arraigadas?, ¿cómo se divierten?, ¿cómo varían, con el curso de los años, las maneras en que se visten o los medios de transporte que usan?

Si bien es cierto que los historiadores no comenzaron a centrar su atención sistemáticamente en las expresiones de la vida cotidiana sino hasta avanzado el siglo xx, también es cierto que son numerosas las fuentes que nos brindan información al respecto: litografías, pinturas, daguerrotipos, fotografías, publicaciones de prensa, crónicas, novelas, canciones, catálogos comerciales, guías de viajeros e incluso el nombre de las calles, por mencionar tan solo algunas posibilidades. A veces da la impresión de que si partimos de un rasgo que ejemplifique la vida cotidiana, este nos puede conducir poco a poco por un mosaico de detalles que muestran cómo han sido las labores diarias de la gente, las cuales se eslabonan gradualmente.



La Plaza Mayor de México, atribuido a Juan Antonio Prado.

Existe un óleo, de mediados del siglo XVIII, conocido como *La Plaza Mayor de México*. Durante mucho tiempo no se identificó al autor, pero desde hace unos años algunos investigadores creen que podría ser una creación del pintor novohispano Juan Antonio Prado. En todo caso, sirve para ejemplificar la gran diversidad de actores en este espacio bullicioso, que ha llamado la atención de los cronistas de distintas épocas, como lo deja asentado Francisco Cervantes de Salazar en las páginas de *México en 1554*, al decir que en torno a la plaza se encontraban «toda clase de artesanos y menestrales, como son carpinteros, herreros, cerrajeros, zapateros, tejedores, barberos, panaderos, pintores, cinceladores, sastres, borceguineros, armeros, veleros, ballesteros, espaderos, bizcocheros, pulperos, torneros, etcétera».

La pintura representa una vista desde las alturas del Palacio Nacional. A la derecha se alcanza a apreciar el edificio de la Catedral Metropolitana y, del lado izquierdo, podemos ubicar la antigua Acequia Real, que conectaba esta zona con La Merced y, más al oriente, con La Viga. Uno de los rasgos

interesantes del óleo es que muestra las diferencias entre esferas sociales. En la parte baja, una calle en diagonal comunica el Palacio y la Catedral. Por ella transita el virrey, junto a una nutrida comitiva en caballos y carruajes, que lo acompañan, mientras que son observados por gente que, a juzgar por su indumentaria, pertenecen a estratos sociales medios o altos. En contraste, el óleo muestra la intensa actividad comercial, que ocupa prácticamente toda la parte central de la plaza, donde vemos el trabajo de clases más populares.

En la Plaza Mayor confluyeron comerciantes de muy diferente extracción social, en torno a los cuales se reunían clientelas distintas y, como es lógico suponer, con mercancías variadas. Por ejemplo, en el llamado «mercado de bastimento» se congregaba la población indígena, que traía sobre todo productos de la chinampa, como flores, verduras y hortalizas. Mientras que en la llamada «alcaicería» —que más tarde se convirtió en El Parián— se comerciaban en especial ultramarinos, por lo que estaba destinado para la población de españoles, y en el merca-



do llamado «Baratillo» se ofrecían productos de gremios artesanales variados. Naturalmente, había puntos de contacto entre ellos.

Esta actividad fervorosa era necesaria para el abastecimiento de la ciudad, pero al mismo tiempo conllevaba numerosos problemas, que fueron parte de la evolución cotidiana. Lo interesante es que algunos de estos problemas nos permiten comprender un hecho central: las tareas cotidianas no solo determinan la vida privada de las personas o las prácticas de ciertos grupos sociales, sino que también influyen en otros ámbitos, como el diseño del espacio público y los rasgos arquitectónicos de calles y plazas. La misma pintura que estamos comentando nos brinda un ejemplo. En ella alcanza a apreciarse la fuente ochavada que fue diseñada en 1713 por Pedro de Arrieta, pero que tuvo que ser retirada en 1791, con el propósito de despejar la plaza, aduciendo entre otras razones que se había convertido en una amenaza para la higiene del lugar, pues a menudo la mercancía caduca terminaba flotando en el agua, y no era raro encontrar en ella hortalizas en mal estado u otros residuos.

En realidad, prácticamente desde la fundación de la ciudad novohispana hubo esfuerzos para despejar el sitio, lo cual solo se logró varios siglos más tarde. En abril de 1524, el cabildo de la ciudad aprobó una ordenanza para que los dueños de solares alrededor de la plaza construyeran arcos, que permitirían a los comerciantes resguardarse de las inclemencias del tiempo y, de manera simultánea, ordenar su actividad, que antes realizaban sobre esteras, pequeñas mesas o mostradores improvisados, que cubrían con techos de tejamanil.

Así, en 1527 comenzó a construirse el Portal de Mercaderes, del lado poniente, el cual fue terminado dos años más tarde, según el testimonio de José María Marroquí en las páginas de *La Ciudad de México*. Los arcos no son los mismos que vemos en la actualidad, pues fueron remodelados después de algunas catástrofes, como las inundaciones de 1629. El caso es que el espacio destinado al comercio propició otras dinámicas en la vida cotidiana de la ciudad. En el portal había locales establecidos, y los dueños podían a su vez rentar puestos y cajones afuera con mesas.

Es interesante pensar que el corredor formado en torno a los portales fue uno de los lugares públicos del que se conservan más testimonios sobre el trabajo de las mujeres, que suele estar menos documentado que el de los hombres. El militar británico Thomas Gage lo dejó asentado por escrito en 1648: «Uno de sus lados [de la plaza] corre en forma de pórtico o de arcadas, bajo las cuales se puede andar en tiempo de lluvia, sin mojarse. Ocupando las tiendas de los mercaderes de sedas, y telas que presentan los surtidos más variados y delante de sus tiendas hay puestos de mujeres con toda especie de frutas y yerbas». Otros testimonios añaden que las mujeres ofrecían figuras de cera, dulces caseros y juguetes.

Dichos puestos eran auténticos puntos de reunión y permanecían abiertos hasta la noche, cuando las tiendas más formales ya habían cerrado, de tal suerte que ayudaron a crear un sentido del espacio público, más allá de los intercambios estrictamente mercantiles. Esto influyó en las formas de recreación y esparcimiento de hombres y mujeres de distinta condición social, haciendo que el espacio fuera habitado por una pluralidad de actores, con costumbres, preferencias, ideas e intereses variados, sello indiscutible de la vida en el Centro. El cronista Juan de Viera escribía en 1777 acerca del Portal de Mercaderes que «aún las personas de mayor carácter y graduación lo tienen por lonja de su mayor recreo y diversión».

Asimismo, el cronista da cuenta de la convivencia nocturna:

[...] cerradas las tiendas y cajones, e iluminado de faroles de vidrio, concurren innumerables gentes a pasearlo, pues entonces más que de día son infinitas las vendimias y comestibles que para el recreo y gusto allí se venden, mirándose en las puertas de las cerradas tiendas y cajones, la multitud de señoras, que unas disfrazadas y otras a cara descubierta, van a gozar del tráfigo y delicias que hasta después de las nueve de la noche ofrece aquel delicioso país.



Ilustración de José Guadalupe Posada.

Gracias a los testimonios sobre la oferta gastronómica en esos paseos nocturnos también puede rastrearse la actividad cotidiana de cocineras o vendedoras (muchas veces ambas funciones las cumplía la misma persona). En *El libro de mis recuerdos*, publicado en 1852, Antonio García Cubas cuenta que durante el día los locales más activos del portal eran los dedicados a la venta de sombreros, despachados por hombres, mientras que por la noche predominaban las alacenas con dulces y antojos varios atendidas por mujeres. En las inmediaciones de la calle de Tlapaleros y Portal de Agustinos –donde actualmente se encuentra el Gran Hotel de la Ciudad de México– había mesas, con manteles coloridos, donde el paseante podía encontrar «platos y varias fuentes con ensalada de lechuga, grandes rábanos encaramados y carnes frías, y al pasar frente de ellas se nos invita a cenar,

diciéndonos: Aquí hay fiambre donoso». (Salvador Novo aclara, a su vez, que el fiambre «donoso» es el que se completaba con tamales calientes).

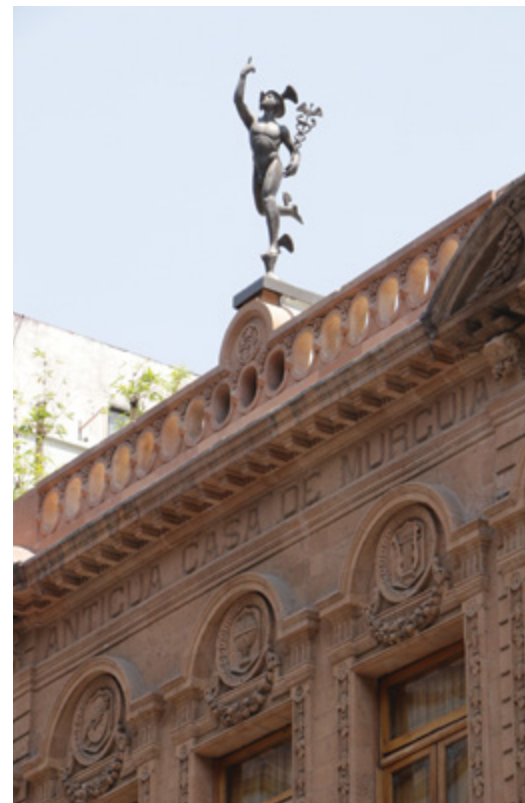
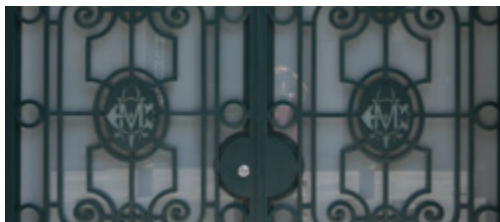
Si continuamos rastreando la vida cotidiana en sitios similares, veremos situaciones parecidas. Por ejemplo, al Portal de las Flores –que desapareció en 1938, para dar paso a la avenida 20 de Noviembre– llegaba un

público más modesto, buscando flores de papel, frutas, adornos o tabaco, entre otras cosas. Si en el Portal de Mercaderes vendían sedas provenientes de Manila y China, en el de las Flores era más fácil encontrar vestimentas tradicionales: sarapes, sombreros y rebozos. Incluso aquí, como en la calle de la Monterilla (5 de Febrero) o en Meleros (Corregidora), había cajones con vestidos «de menos lujo o segundo orden».

Los portales fueron un modelo de espacio ciudadano tan importante para el trabajo y la convivencia cotidianos, que proliferaron a tal grado que existió una vialidad conocida como «la calle de los portales». No es otra que 16 de Septiembre, nombre que surgió en el siglo XIX, tras ser dividido el terreno que ocupaba el convento de San Francisco –anteriormente la calle fue conocida como Independencia, Coliseo Viejo, Refugio y Tlapaleros–. Ahí se levantaba el Portal del Águila de Oro, demolido en 1896.



Los corredores
comerciales fueron lugares
públicos de donde se conservan
más testimonios del trabajo
de las mujeres.





El aguador, ilustración de Hesiquio Iriarte.

En sus memorias, Ciro B. Ceballos nos habla de varios establecimientos que había en este lugar: la librería La Enseñanza (cuyo segundo dueño fue un catalán que vestía gorra de paño), la camisería Los Tres Hermanos (dedicada a confeccionar prendas para hombres), una dulcería que daba nombre al portal, famosa por sus empanadas de vigilia, preparadas en la trastienda por mujeres bajo la vigilancia de un maestro pastelero, y vendidas los viernes de Cuaresma. También había una cantina donde corrían «licores fuertes para los caballeros», mientras que en la dulcería había pequeñas mesas en las que se servían «copejas de vino de Madera, de Burdeos o de Chablis, a las señoras que concurrían con ese objeto al filo del mediodía o al obscurecer».

Aquí mismo estaba la imprenta de Manuel Murguía, una de las veinte que por aquella época estaban registradas en la ciudad. En esta se publicó por primera vez el libro colec-

tivo *Los mexicanos pintados por sí mismos*, de 1854. Vale la pena la mención, pues en el volumen se describen más de treinta «tipos y costumbres nacionales», es decir, se trata de una fuente imprescindible de la vida cotidiana en su época, tanto por los testimonios literarios como por las litografías que los acompañan, a cargo de Hesiquio Iriarte y Andrés Campillo.

Allí también se describen labores cotidianas de mujeres, dedicadas a llevar las ventas en estanquillos de tabaco, ayudar en los partos, realizar tareas administrativas (las caseras), de limpieza (las recamareras) o manuales (las costureras). Otros forman parte de otra serie de trabajos relacionados con los cuidados domésticos o llevados a cabo en espacios acotados, como las casas para religiosas o los hospitales, entre otros. Un caso, sobre el que escribe José María Rivera, es el de la «chiera», una mujer generalmente joven



La chiera, ilustración de Hesiquio Iriarte.

de extracción humilde que improvisaba mostradores con huacales vacíos, a los que añadía flores, tanto para llamar la atención como para hacerse un poco de sombra. Sobre ellos ponía ollas de barro o vitroleras de vidrio con agua fresca y preparados de chía –de donde le viene el nombre–, horchata, piña, tamarindo o limón, que por medio real refrescaban a la gente, en particular desde inicios de la Cuaresma hasta después de Pascua, es decir, durante la época de la canícula.

En contraste, los trabajos de los hombres eran más variados y numerosos, pero en todo caso formaban redes de colaboración mutua. Por ejemplo, la chiera trabajaba en contacto permanente con el aguador, que iba a surtir sus cántaros a fuentes, como las de Salto del Agua, la Alameda o aún más lejos, como la fuente de Tlaxpana, a las afueras de la ciudad. En su *Manual del viajero en Méjico*, de 1858, Marcos Arroniz señala que había poco menos de ochocientos cin-

cuenta aguadores, que surtían en domicilios y comercios, cumpliendo otras funciones informales, como ser «crónica ambulante del barrio» o correo de epístolas amorosas secretas entre los jóvenes.

Otro ejemplo de estas redes económicas es el del pulquero. En uno de los artículos de *Los mexicanos pintados por sí mismos* se dice que este personaje comenzaba su jornada muy temprano, hacia las siete de la mañana, barriendo la calle afuera del establecimiento, limpiando el mostrador, lavando tinacales y vasos para la bebida. En ocasiones gente muy humilde se acercaba a ofrecer ayuda para estas faenas, y en lugar de retribución económica esperaba a cambio un par de vasos de pulque, el cual fue la bebida más popular, hasta que a finales del siglo XIX, debido al fervor de la influencia cultural europea en México, empezó a promoverse la cerveza.



El pulquero, ilustración de Hesiquio Iriarte.

Este no era el único ayudante ocasional que colaboraba con el funcionamiento de las pulquerías. Para despachar, algunos dueños contrataban a jóvenes «jicareros», encargados de servir, mientras ellos hacían las cuentas. La mercancía solía llegar diariamente a la garita de Peralvillo (conocida por lo mismo como «aduana del pulque»), proveniente de Apan, Apizaco y otras regiones. Ahí la bebida era recibida por un personaje conocido como «topador», que era el encargado de llevarla a las calles en una recua tirada por mulas. El pulque se transportaba hacia la capital de noche, y el topador era quien se encargaba de recibirlo y entregarlo a tiempo en los locales. Frente a esto, las órdenes religiosas asumieron una postura curiosa. Por un lado, no veían con buenos ojos el consumo masivo de esta bebida, pero al mismo tiempo dependían financieramente de ella, pues poseían haciendas donde se sembraba el maguey. Miguel Ángel Velásquez Meléndez apunta que gracias, a esta actividad, los jesuitas ganaban alrededor de dieciocho mil pesos mensuales, mientras que en los expendios se prohibía la entrada a religiosos (así como a mujeres y uniformados en general).



Los casos anteriores nos revelan algunos ejemplos de lo que fue la vida cotidiana en las calles del Centro Histórico en otros tiempos, un universo bastante reducido, pero que nos permite adentrarnos en el comercio, el tiempo libre, las concepciones del espacio público, algunas transformaciones urbanas, los oficios desempeñados por la gente y algunos gustos gastronómicos. El propio Arroniz nos lega una estampa en su guía para viajeros de mediados del siglo XIX, nos lega una estampa sumamente evocadora de una calle, con sus múltiples oficios, personajes, estrategias de ventas, costumbres idiomáticas e incluso sonidos. Vale la pena citarlo, pues nos brinda un gran fresco de la vida cotidiana.

El alba se anuncia en las calles de Méjico con la voz triste y monótona de multitud de *carboneros*, quienes parándose en los zaguanes gritan con toda la fuerza de sus pulmones: *Carbosiú!* (Carbón, señor). Poco después se hace oír la voz melancólica de los mercaderes de mantequillas, quienes sin detenerse en su marcha gritan: *Mantequía... mantequía de á rial y de a medio. –Cesina bue-*

na! es el anuncio con el que lo interrumpe el *carnicero*, con una voz ronca y destemplada: este grito alterna en seguida con el fastidio y la voz malhumorada de la *sebera* ó mujer que compra sebo de las cocinas, quien poniéndose una mano sobre el carrillo izquierdo, chilla en cada zagúan: ¡Hay *seboooooo!!!* –Sale esta y entra la *campista*, india que cambia un efecto por otro, y grita menos alto y sin prolongación de sílabas: *Tejocotes por venas de chile!... tequesquite por pan duro!* Con esta tropieza un buhonero ó mercader ambulante de mercería menuda, y entrando hasta el patio, relata la larga lista de sus efectos, con tono incitativo y buscando sus ojos á las mujeres: *Agujas, alfileres, dedales, tijeras, botones de camisa, bolitas de hilo?* –Pero rivaliza con este el *frutero*, apagando sus ecos, porque con voces desacompasadas y atronadoras produce la relación de todas sus variadas frutas. –Entretanto se hace oír en la esquina la tonadilla de una mujer que anuncia su vendimia... ☘

Rastros



Palacio de Medicina.

De cárceles, prisiones y barrotes en la antigua Ciudad de México

Por Carina Víquez

Durante mucho tiempo, los edificios para asilar a los presos cumplían otras funciones y se ubicaban en el corazón de la ciudad, como nos narra esta breve crónica.

EN LA ANTIGUA CIUDAD DE MÉXICO HUBO VARIOS EDIFICIOS que se utilizaron con la finalidad de recluir a toda aquella persona que quebrantara el orden y atentara contra las buenas costumbres. Durante la Nueva España, en el México independiente y, sobre todo, durante los diversos conflictos armados que se suscitaron a lo largo del siglo XIX y principios del XX, hubo prisiones que, improvisadas o planeadas, aquí o allá, sirvieron para apresar a vecinos de la ciudad, extranjeros o personajes reconocidos.

En todo caso, las cárceles generaban leyendas, como la cárcel de la Santa Inquisición (que hoy es sede del Palacio de Medicina), conocida como la Perpetua –porque de ahí nadie salía–. Ubicada sobre la calle del mismo nombre (hoy Venezuela), cuentan que se escuchaban lamentos de los presos y que aún a finales del siglo XIX –la Inquisición se eliminó en México desde 1820– y principios del XX la gente todavía evitaba caminar por esa oscura calle.

En ese entonces, las cárceles no eran edificios independientes. Al contrario, formaban parte de inmuebles donde

también había comercios, casas habitación y oficinas. Es el caso de la Cárcel de la Diputación o de la Ciudad. Hacia 1524 los españoles destinaron un espacio para prisión en el antiguo edificio del Ayuntamiento, que hoy ocupa el Gobierno de la Ciudad de México (entre las calles 5 de Febrero y 20 de Noviembre). Esta prisión funcionó hasta finales del siglo XIX, cuando los reos fueron trasladados a la cárcel de Belén.

La cárcel de la Corte, llamada así porque era parte del Palacio Virreinal (hoy Palacio Nacional), ocupaba el costado sur del palacio, el que mira hacia la Suprema Corte de Justicia. Esta cárcel tuvo su origen en el espacio que hoy ocupa el Monte de Piedad, ahí, donde estuvieron las casas viejas de Moctezuma y luego las casas de Cortés, quien rentó esta propiedad para que fuera sede de la Real Audiencia (establecida en 1527 y encargada de juzgar, sentenciar y vigilar el orden). En 1563 esta dependencia pasó al Palacio. La prisión subsistió en ese mismo sitio hasta 1830, cuando los reos fueron trasladados a la cárcel de la Acordada.

Rastros



Costado sur de Palacio Nacional.



Palacio del Ayuntamiento.

Por su parte, La Acordada tuvo su origen a principios del siglo XVIII. Luego, a partir de 1757, ocupó diversos edificios. A finales del siglo XIX, estuvo en las orillas de la ciudad, frente a la Alameda Central, entre Juárez (calle el Calvario) y Balderas (calle de La Acordada). Su fachada miraba al norte. Luis González Obregón cuenta que había guardias en la azotea y que en las noches soltaban perros feroces en los patios para evitar fugas. A partir de la Independencia se llamó Cárcel Nacional, pero las personas seguían llamándola La Acordada y funcionó hasta 1863.

La cárcel de Belén estuvo en la actual esquina de Arcos de Belén y avenida Niños Héroes, en contraesquina de la Biblioteca de México, en el terreno que desde 1934 ocupa



Avenida Juárez.

el Centro Escolar Revolución. El edificio se construyó entre los años 1683 y 1686, y perteneció a Domingo Pérez de Barcia (originario de Asturias, España), quien creó una casa de retiro y refugio para madres solteras, viudas, mujeres desvalidas y pobres. Más tarde fue el Colegio de Niñas de San Miguel de Belén. En 1863, debido a las Leyes de Reforma, dejó de funcionar y el colegio se convirtió en la prisión, donde estuvo recluso el temible «Tigre de Santa Julia». En 1933, los reos de Belén fueron trasladados a la penitenciaría de Lecumberri, el Palacio Negro, que funcionó hasta 1976, fuera del área del Centro Histórico.

Escritores o héroes nacionales estuvieron reclusos en estas cárceles. Por nombrar algunos: Josefa Ortiz de Domínguez, Leona Vicario, José Joaquín Fernández de



Centro Escolar Revolución, donde se encontraba la antigua cárcel de Belén.

Lizardi y Martín Luis Guzmán. En ocasiones, según la circunstancia o la época, un convento o un colegio bastaban para recluirlos. De cómo transcurría la vida cotidiana en aquellas antiguas cárceles nos pueden dar idea los libros, *Belén por dentro y por fuera*, de Guillermo Mellado o *Cinco cárceles de la Ciudad de México*, de María Luisa Rodríguez-Sala. O podemos ver alguna película mexicana de temática carcelaria: *Carne de presidio*, dirigida por Emilio Gómez Muriel, *Las Islas Marías*, por Emilio Fernández o *El apando*, por Felipe Cazals. O, por qué no, caminar por el Zócalo o por la Alameda e imaginar que un día de 1863, a las seis de la mañana, los reos de la Acordada llegaron a pie hasta la recién inaugurada cárcel de Belén para ocupar sus celdas. 🇲🇽



Centro Escolar Revolución.



LA CASA RIVAS MERCADO

Por Ana Lilia Cepeda

Construida por uno de los arquitectos más representativos de la época porfirista, esta casa fue testigo del nacimiento de la modernidad mexicana.

EN EL NÚMERO 43 DE LA CALLE DE HÉROES, SITUADA A pocos metros del templo de San Hipólito y el panteón de San Fernando, se encuentra una de las casas más singulares de finales del siglo XIX, una época de crecimiento de la ciudad, que en aquellos años recibía una marcada influencia europea –en especial francesa–, tanto en la arquitectura como en su vida cultural en un sentido más amplio. Durante ese tiempo, la ciudad empezó a extenderse más allá de los confines de lo que actualmente conocemos como Centro Histórico, y un ejemplo de este proceso es la colonia Guerrero, fundada cuando Sebastián Lerdo de Tejada impulsó los trabajos de urbanización del Paseo de la Reforma.

La casa fue construida por Antonio Rivas Mercado, con el propósito de habitarla junto con su familia, y se encuentra abierta al público desde mayo de 2017 (gracias a un minucioso trabajo de restauración que duró diez años, dirigido por Gabriel Mérito). El arquitecto Antonio Rivas Mercado fue uno de los protagonistas culturales del periodo porfirista: dirigió la Academia de San Carlos, participó en la restaura-

ción de la fachada del antiguo Ayuntamiento de la Ciudad, así como en salones del Palacio Nacional.

Construyó su residencia orientada hacia el suroeste para poder mirar desde su terraza las cúpulas de las iglesias y las copas de los árboles de la huerta de San Fernando. Desde ahí alcanzaba a ver la naciente construcción de la cúpula recubierta de cobre, de lo que se esperaba fuera el Palacio Legislativo, obra que quedó inconclusa y que más tarde se convertiría en el Monumento a la Revolución. Don Antonio había sido diputado en varias ocasiones, así que la cercanía de su casa con el Congreso le resultaba conveniente. No muy lejos se encontraba la estación de ferrocarriles de Buenavista, donde tomaría el tren un sinnúmero de veces con destino al puerto de Veracruz para, de allí, embarcarse hacia Europa. Quizás esto explica por qué eligió construir en la colonia Guerrero esta casa excéntrica y única, de más de mil quinientos metros cuadrados.

La casa cuenta con tres niveles: sótano, planta baja y un piso superior, los cuales sirvieron de despacho para desarrollar sus proyectos, así como de casa habitación para su familia.



En la planta alta se encuentra una hermosa terraza con vigas y pilares de cantera, y en el muro se aprecian unos pequeños rosetones amarillos de porcelana francesa. Este espacio y dos habitaciones más conformaban el estudio desde el cual don Antonio diseñó la Victoria Alada, la Columna de la Independencia o «el Ángel», como mejor se le conoce, por encargo del general Porfirio Díaz, en el marco de los festejos por el centenario de la Independencia de México en 1910. Por pasión a su profesión, orientó la casa de tal modo que se privilegia la entrada de luz al estudio, en sacrificio de la luminosidad y el calor en el resto de las habitaciones, que son frías en invierno.

La casa de Héroes número 43 tiene diversas lecturas y distintas formas de atraer a sus visitantes. Entre ellas se

encuentra su arquitectura ecléctica, la gran diversidad de materiales utilizados en su construcción y la riqueza de sus elementos decorativos. En pisos y columnas se utilizaron nueve tipos de cantera: la de color verde de Oaxaca, la rosa de Zacatecas y la de diversos colores de Querétaro, San Luis Potosí y Jalisco, por mencionar unas cuantas. El área privada cuenta con pisos de gruesos bloques de vidrio que funcionan como tragaluces, los cuales dan una espléndida luminosidad. Lo más sobresaliente son los pisos de mosaicos encáusticos ingleses que conforman hermosos tapetes con cerca de cincuenta mil piezas de noventa diseños distintos. Por ello, este emblemático inmueble se erige como uno de los mejores ejemplos de las construcciones realizadas durante el porfiriato.



Los visitantes de la Casa Rivas Mercado también son atraídos por la hija del afamado arquitecto. La joven Antonieta, que fue escritora, traductora, actriz y mecenas de la cultura en el México posrevolucionario. Ella impulsó la creación de la Sinfónica Nacional, fundó el Teatro Ulises, precursor del teatro moderno en nuestro país, y apoyo al grupo de escritores conocidos como los Contemporáneos. En los salones de esta joya arquitectónica resuenan las voces de Xavier Villaurrutia, Salvador Novo, Jaime Torres Bodet, Andrés Henestrosa. Antonieta fue una mujer brillante que se adelantó a su época. Acompañó a José Vasconcelos en su campaña a la presidencia de la República y vivió la indignación del fraude electoral que impidió que él llegara al poder; tras todo esto, ella se exilió en París.

Antonieta murió de forma trágica: deprimida, alejada de su familia y herida por el desamor de Vasconcelos. El 11 de febrero de 1931 puso fin a su corta pero productiva vida, dándose un tiro en el corazón, de cara al Cristo Negro de la Capilla de la Catedral de Notre Dame, en París.

A través de sus singulares habitantes, la casa Rivas Mercado vivió el esplendor del porfiriato, las convulsiones de la Revolución y la construcción del México moderno. De ahí que se trate de un sitio imperdible, el lugar donde se diseñó uno de los mayores símbolos de la Ciudad de México, el Ángel de la Independencia. 🇲🇽

.....

Casa Rivas Mercado (Héroes 45, Guerrero). Visitas con previa cita.

Cartelera

Por Gil Camargo

Escenas de pudor y liviandad

Dolores del Río, María Félix, Virginia Fábregas, Esperanza Iris, Mimí Derba, María Conesa, Lupe Rivas, María Tereza Montoya y Celia Montalván son las divas mexicanas a las que el público podrá acercarse al visitar *Escenas de pudor y liviandad* en el Museo del Estanquillo. El título de la exposición hace referencia al libro de Carlos Monsiváis publicado en 1998, en el cual el gran cronista capitalino habla de estas y otras mujeres icónicas de la cultura y el espectáculo en México. La muestra está integrada por cincuenta retratos; las biografías de las divas demuestran su capacidad por incursionar en las empresas teatrales y cinematográficas, que primordialmente habían estado a cargo de personajes masculinos. Además, el montaje se acompaña de audios y fragmentos con las apariciones cinematográficas de las divas mexicanas.

.....

Museo del Estanquillo (Isabel la Católica 26). Miércoles a lunes, 10 am-6 pm. Gratis. Hasta el 15 de septiembre.

.....



Foto: cortesía Secretaría de Cultura Ciudad de México.

Ecos de la tierra

Uno de los ritmos populares que dieron la vuelta al mundo el siglo pasado fue el dub, que es un subgénero del reggae y está asociado con los migrantes del Caribe, en particular de Jamaica. El dub mantiene los elementos rítmicos del reggae y los fusiona con ecos, efectos de *delay* y reverberación para crear piezas bailables psicodélicas.

Los amantes de este género, o quienes quieran conocerlo, pueden hacerlo en el Centro Histórico, todas las noches de miércoles en el icónico Cultural Roots, de la mano de la Hermandad Rasta.

Las fiestas temáticas tendrán como invitados especiales a personalidades como Unidub Estereo, Dub Alte Fidelidad, Booba Roots, Dj Dahn, Rajahs, Free Selectos y Jozhem Stepper.

Además, el sitio cuenta con *rak* para estacionar bicicletas, así que se puede llegar pedaleando y disfrutar de un paseo nocturno. Eso sí, no hay que olvidar casco y chaleco.

.....

Cultural Roots (Tacuba 64). Miércoles, 7 pm-2 am. Gratis.

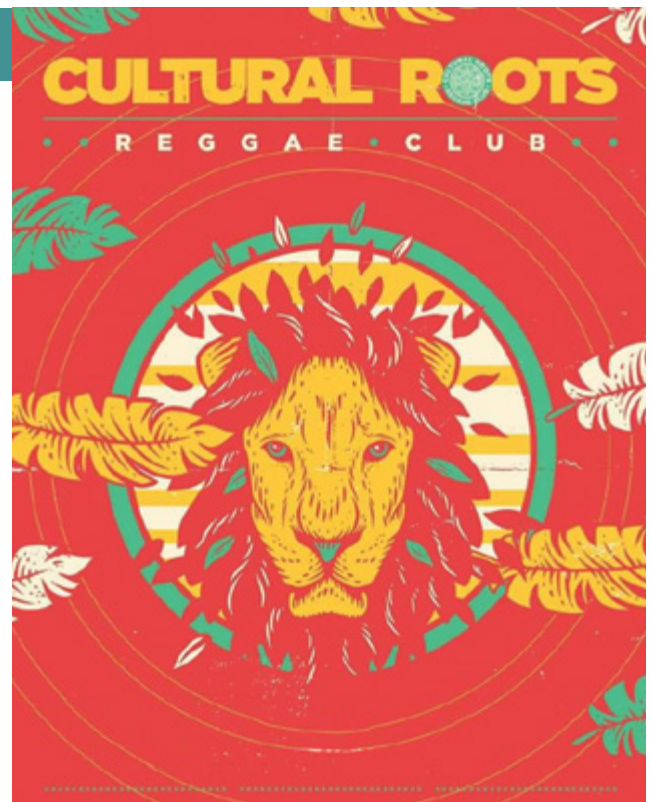


Foto: cortesía Cultural Roots.



Atl. Fuego, Tierra y Viento, sublime sensación

Si bien José María Velasco es reconocido como el gran paisajista mexicano, tiene su contraparte en el trabajo del tapatío Gerardo Murillo, mejor conocido como Dr. Alt, quien exploró sus conocimientos de geología y vulcanología a través de la pintura.

Atl. Fuego, Tierra y Viento, sublime sensación reúne bocetos, libros, litografías, fotografías y pinturas distribuidas en cuatro salas. A través de ciento treinta piezas, se muestra cómo su pasión por la tierra y los cuerpos volcánicos lo llevaron a plasmar grandes paisajes, captando

el momento en que expulsan fumarolas o explotan violentamente.

Quien fuera un parteaguas de la escuela mexicana de pintura tras el triunfo de la Revolución es identificado por su trabajo con el volcán Parícutín, ubicado en Michoacán, del cual tuvo la fortuna de presenciar su origen, en febrero de 1943, como dejó plasmado en sus óleos.

.....

Museo Nacional de Arte (Tacuba 8). Martes a domingo, 10 am-5:30 pm. \$65. Hasta el 29 de septiembre.

Dragatitlán

Junio es el mes del orgullo LGBTQTTT en varias partes del mundo. Durante todo el mes, la Ciudad de México ofrece actividades cuyo fin es promover la diversidad sexual y de género.

Dentro del ciclo «Entre lenchas, vestidas y musculocas», dedicado al trabajo escénico de la comunidad, Roberto Cabral presenta *Dragatitlán*, un espectáculo transformista que reúne a los mejores *drags* de la ciudad, dando vida a la herencia cabaretera de otros tiempos.

De la mano de Cabral, el Teatro de la Ciudad Esperanza Iris viajará el 21 y 22 de este mes al Mictlán, y lo hará con peluca, tacones e historias de personalidades como Paris Bang-Bang, Carlos Bieletto, Deborah La Grande –ganadora de la primera temporada de *La Más Draga-*, Cordelia Durango y Bárbara Durango.



La parte musical correrá a cargo del grupo El monstruo son los otros, quienes fusionan ritmos como el jazz y el rock, y del Coro Gay Ciudad de México, conjunto vocal que ha actuado en varias ocasiones fuera del país.

.....

Teatro de la Ciudad Esperanza Iris (Donceles 36.) Viernes 21, 8:30 pm; sábado 22, 7 pm. \$200-\$375.

El Centro por día

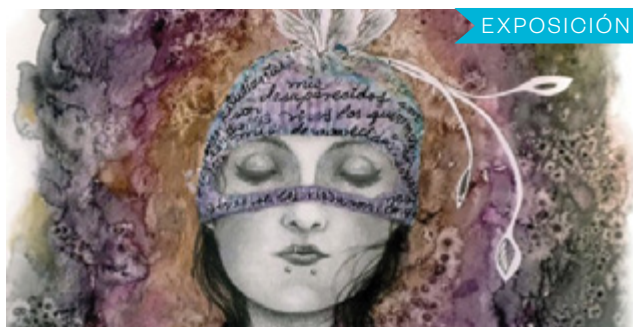


EXPOSICIÓN

martes

4

10 am | **Tiempo de labor, juego y ocio**
Museo Nacional de San Carlos (Punto de Alvarado 50, Tabacalera). \$50.

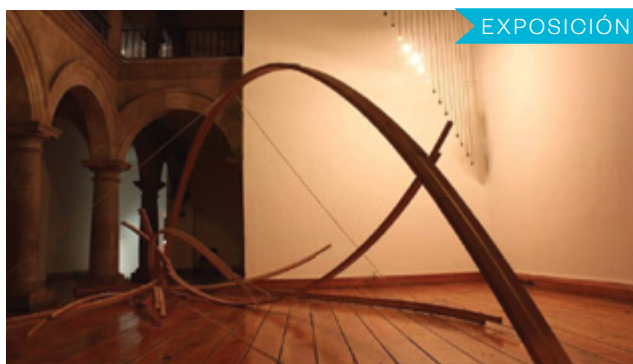


EXPOSICIÓN

miércoles

5

10 am | **Edén imperfecto**
Museo de la Mujer (República de Bolivia 17).
Gratis.



EXPOSICIÓN

viernes

7

11 am | **En el tiempo de la rosa no envejece el jardinero**
Laboratorio Arte Alameda (Dr. Mora 7). \$35.

domingo

9

10 am | **Juegos, sueños y una tardeada en la Alameda Central**
Museo Mural Diego Rivera (Colón s/n). Gratis.

EXPOSICIÓN



EXPOSICIÓN

martes

11

10 am | **De Prodigios y Maravillas**
Museo Franz Mayer (Hidalgo 45). \$60.

miércoles

12

6 pm | **Gilberto Bosques y el rescate de perseguidos judíos y republicanos**
Academia Mexicana de la Historia (Plaza Carlos Pacheco 21). Gratis.

CONFERENCIA

jueves

13

1:30 pm | **Ruta arte-acción. Cartografía (micro)sonora**
Ex Teresa Arte Actual (Primo Verdad 8). Gratis.

EXPOSICIÓN



MÚSICA

viernes

14

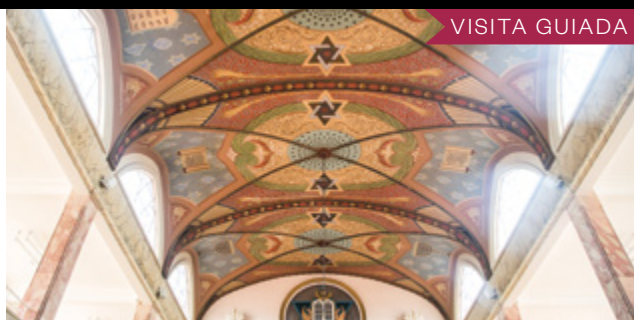
5 pm | **Karaoke y dancón en el Zócalo**
Zócalo (Plaza de la Constitución s/n). Gratis.

sábado

15

12 pm | **Acordes Universitarios. La FaM en el Centro**
Museo UNAM Hoy (Moneda 2). Gratis.

MÚSICA



VISITA GUIADA

domingo
16

11:30 am | Un rincón de Europa Oriental
Sinagoga Justo Sierra (Justo Sierra 71). \$40.

martes
18

11 am | El Sol y su Sombra.
Sara García
Centro Cultural de España en México
(República de Guatemala 18). Gratis.

EXPOSICIÓN



EXPOSICIÓN

miércoles
19

10 am | Miradas a la ciudad: Espacio de reflexión urbana
Museo de la Ciudad de México (Pino Suárez 30). \$32.



TEATRO

sábado
22

7 pm | Yo. ¡La peor de todas!,
Foro A poco No (República de Cuba 49). \$174.

domingo
23

12 pm | Reencuentro con la Luna
Museo de la Luz (San Ildefonso 43). Gratis.

CHARLA

martes
25

5 pm | Hambre nuestra de cada día
Palacio de la Autonomía (Primo de Verdad 2).
Gratis.

CINE

miércoles
26

4:30 pm | Shorts México-Festival Internacional de Cortometrajes de México
Museo de las Constituciones (Del Carmen 31,
esquina con San Ildefonso). Gratis.

CINE

jueves
27

8:30 pm | México de Colores.
Las Chavas del 8
Teatro de la Ciudad Esperanza Iris (Donceles
38). \$200-\$300.

DANZA



EXPOSICIÓN

viernes
28

10 am | Territorio Ideal. José María Velasco
Museo Nacional de Arte (Tacuba 8). \$70.

sábado
29

9 am | ¿Por qué se escribe como se escribe?
Galería el Rule (Eje Central Lázaro Cárdenas 6).
Gratis.

TALLER

domingo
30

12:15 pm | Orquesta Sinfónica Nacional
Palacio de Bellas Artes (Avenida Juárez s/n).
\$80-160.

MÚSICA

Programación sujeta a cambios

La Llorona

Artemio de Valle-Arizpe

¿QUIÉN SE ATREVERÍA A SALIR POR LA CALLE PASANDO LAS DIEZ DE LA NOCHE? Todos los habitantes de México echaban cerrojos, candados, ponían trancas y otras defensas a sus puertas y ventanas. No se atrevían a asomar ni medio ojo siquiera.

Los hombres se hallaban cobardes y temerosos; las mujeres temblaban y se desmayaban. Los corazones se vestían de temor al oír aquel lamento largo, agudo, que venía de muy lejos y se iba acercando, poco a poco, cargado de dolor. ¡La Llorona!, decían los pasantes.

México estaba aterrorizado por aquellos angustiosos gemidos. Cuando se empezaron a oír, varias personas afirmaron que era cosa ultraterrena, porque un llanto humano, a distancia de dos o tres calles, ya no se oía; pero este traspasaba con su fuerza una gran extensión y llegaba claro a todos los oídos con su amarga quejumbre. Muchos salieron a investigar, y unos murieron de susto, otros quedaron locos de remate y poquísimos hubo que pudieron narrar lo que habían contemplado.

Una mujer, envuelta en un flotante vestido blanco y con el rostro cubierto con velo cruzaba con lentitud parsimoniosa varias calles y plazas de la ciudad; alzaba los brazos con desesperada angustia y lanzaba aquel grito que metía pavor en todos los corazones. Ese tristísimo ¡Ay! se levantaba ondulante en el silencio de la noche, y luego se desvanecía.

Así, por una calle y luego por otra, rodeaba las plazas, con sus lloridos; y al final, iba a rematar con el grito más doliente, más cargado de aflicción, en la Plaza Mayor, toda en quietud y en sombras. Allí se arrodillaba esa mujer misteriosa; se inclinaba como besando el suelo y lloraba, poniendo su dolor en un alarido largo y penetrante; después se iba ya en silencio hasta que llegaba al lago, y en sus orillas se desvanecía en el aire como una niebla, o se sumergía en las aguas.

¿Te gustó esta leyenda? Si quieres leer la versión completa, búscala en el libro *Historias, tradiciones y leyendas de calles de México*, escrito por Artemio de Valle-Arizpe.



